

LAS ARTES Y LOS ARTISTAS

Por Juan RAMIREZ DE LUCAS

CLAUDIO BRAVO

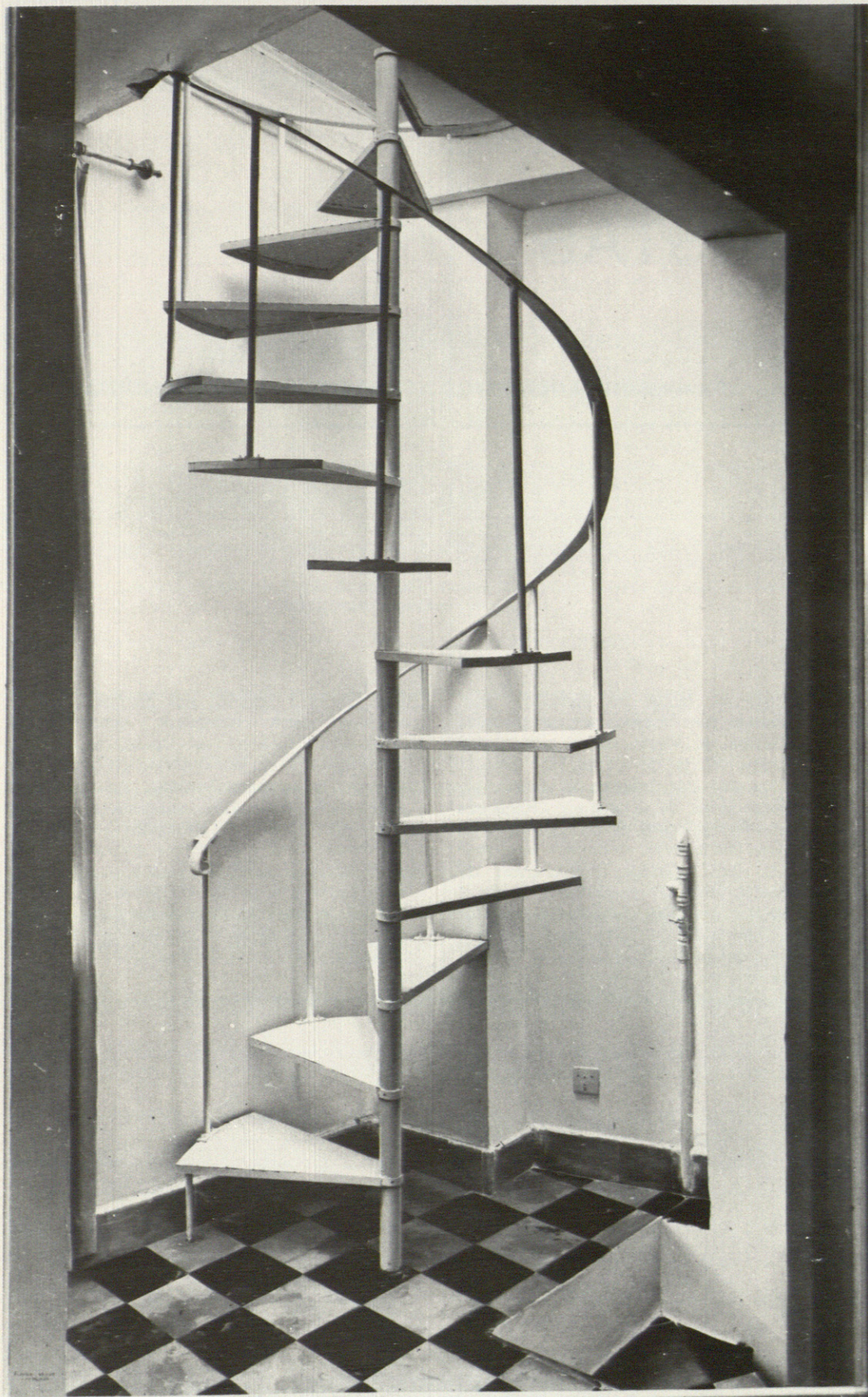
O LA INMEDIATA
REALIDAD TRANSCENDIDA.

¿Recuerda el lector el llamado "gran terrón" pintado por Durero, que se conserva en el Albertina de Viena, en el que puede contarse cada brizna de yerba, los pétalos caídos de la flor del "diente del león", los granos diferenciados de la grama? ¿Recuerda el lector aquellos pliegues de las vestiduras de Vivarini, aquellas esferas cristalinas suspendidas de un hilo, aquellos instrumentos de dibujo pintados sobre las mesas? ¿Recuerda el lector aquellas miradas penetrantes de las cabezas de Leonardo da Vinci, que azoran a quien las contempla? ¿Recuerda los hábitos

de los monjes pintados por Zurbarán que se sostienen como columnas? ¿Recuerda el retrato de Felipe II del Prado, en el que Sánchez Coello caligrafió todos los pelos de la barba del monarca encanecido? ¿Recuerda las atormentadas disecciones anatómicas de "Human corporis fábrica", dibujadas por Andreas Vesalius con un rigor nunca igualado? ¿Recuerda las texturas de los quesos, de los panes, de las hortalizas de los increíbles bodegones de Luis Meléndez? ¿Recuerda cómo parece oírse crujir las sedas en algunas de las damas pintadas por Federico de Madrazo?



Claudio Bravo "Bodegón", dibujo sobre papel (1972) 107 x 73 cms.



"Escalera" óleo sobre tela, pintura hiperrealista de Claudio Bravo, año 1972 (120 x 200 cms.)

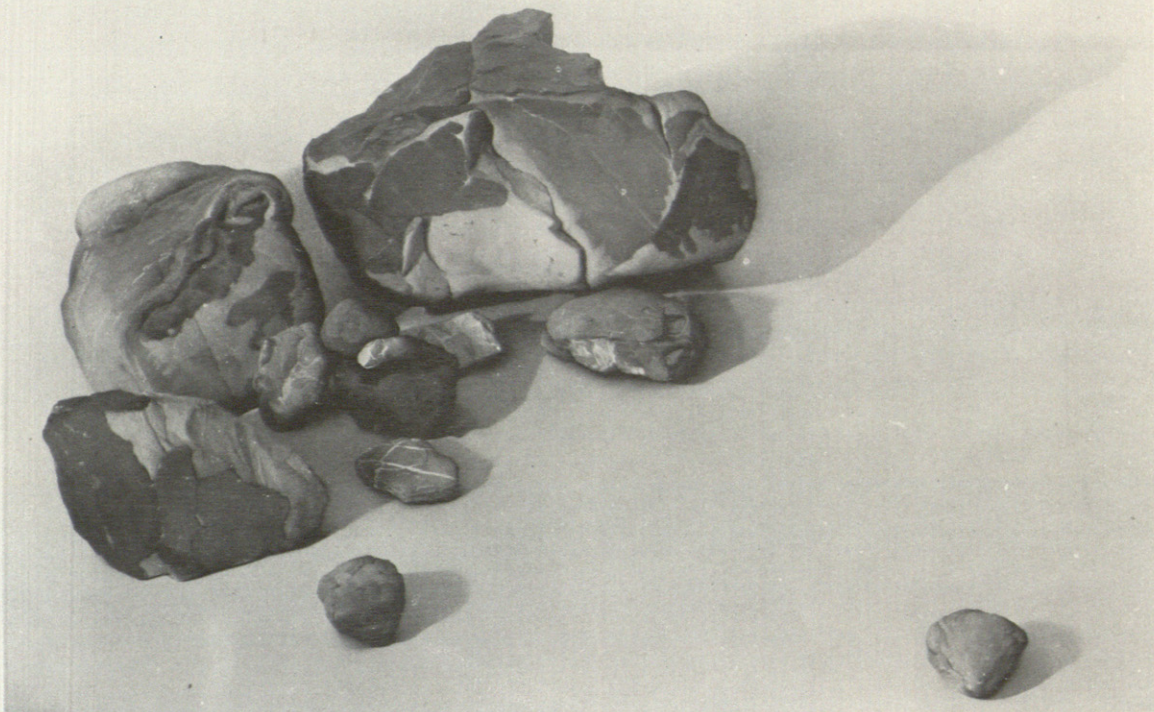
Pues si lo recuerda está más capacitado para penetrar en ese mundo pintado y dibujado por Claudio Bravo, que en su última exposición de la madrileña Galería Vandrés ha confirmado y superado todas las certezas de su personal manera de interpretar la realidad, la inmediata realidad, que Claudio Bravo no se limita a anotar concienzudo y paciente, sino que la trasciende con un cierto aliento poético de misteriosa lejanía, de magia impalpable.

Si Claudio Bravo sólo nos transcribiese la realidad externa, su obra pictórica sería nada más que un ejercicio de habilidad y portentosas facultades naturales. Ahora, en estos momentos, la pintura de Claudio Bravo se encuentra en plena sazón y hondura sin haber perdido absolutamente nada de las increíbles condiciones personales que siempre lo han caracterizado. La madurez le exige y le obliga a penetrar cada vez con mayor intensidad en la verdad verdadera, en la verdad transcendente de todo lo que nos rodea. Y por ello su obra participando del hiperrealismo y del realismo social y del surrealismo poético, es aún algo más. Ese algo más indefinible que constituye el secreto del arte.

Claudio Bravo es hoy una primera figura mundial artística, pero su trayectoria humana y vital son poco conocidas, a pesar de haber vivido por muchos años en España y concretamente en Madrid. "Esto es cuanto he visto de mí en un espejo", anotaba Durero al margen de su primer autorretrato; utilizando aquella frase y refiriéndola a las conversaciones que he mantenido con Claudio Bravo, podría decir: "esto es cuanto he visto de él en el espejo de la charla".

Claudio Bravo es un hombre joven, aparentemente sereno, de una gran corrección, que habla pausado y fluido sin perder nunca la compostura y sin gesticulaciones. Nació en Santiago de Chile en una familia en la que había por una parte ascendencias de los indios chilenos y por otra inglesa. El mayor de siete hermanos en una familia adinerada, conservadora, católica, muy dentro de los cánones burgueses sudamericanos, y en la que no había habido ningún antecedente artístico. Un superdotado para el dibujo que ya a los cinco años había llenado de grafismos su cama-cuna y todas las paredes de su habitación. Una vocación muy decidida por la pintura, aún en contra del consejo paternal: "Si te quieres morir de hambre pinta, hazte pintor".

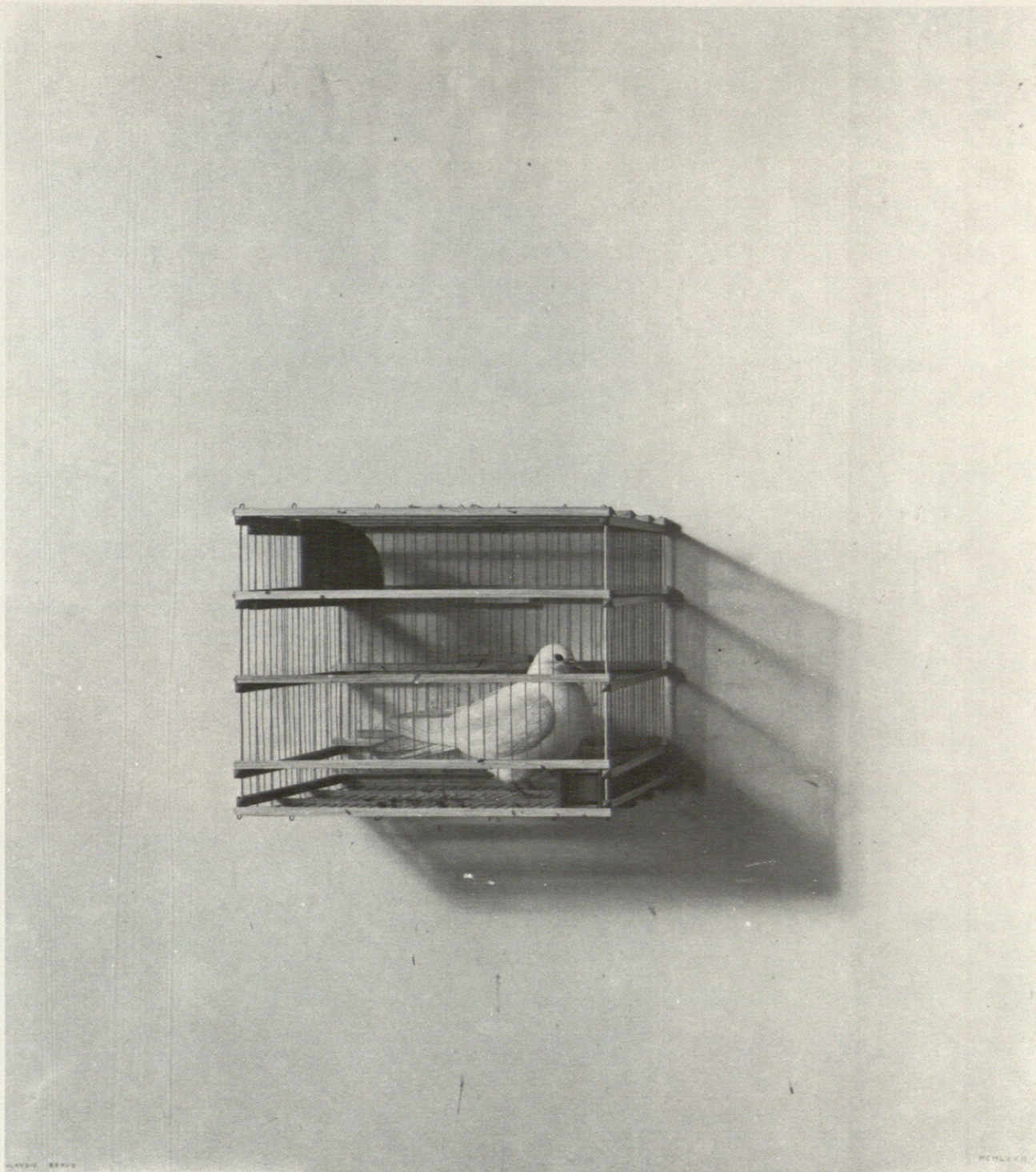
Un aprendizaje de sólo unos pocos meses con un profesor academicista, nada creativo, pero que conocía muy bien todas las técnicas pictóricas. Un ingreso en la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile, cuyo ejercicio consistía en la copia al carboncillo de la Venus de Milo y del Apolo de Belvedere de sus vaciados en yeso. El plazo para entregar ambos trabajos era de dos semanas. Claudio Bravo los realizó los dos en una mañana. Unas pocas clases de dibujo, modelado y pintura, más pronto comprendió que la Academia no era el lugar para su aprendizaje. Una inquietud permanente que le lleva a alternar sus trabajos pictóricos con la danza activa en el "Ballet



En estos dos dibujos de piedras puede apreciarse la maestría de Claudio Bravo para captar los más sutiles matices de la realidad.



"La paloma". Homenaje a Picasso, óleo sobre lienzo (113 x 145 cms.) 1972.



Nacional de Chile": "Yo era muy mediocre bailarín, pero aquello me servía de estupendo ejercicio físico, oportunidad de viajar y de conocer países, ciudades, artistas y literatos".

La muerte repentina de su padre cambia la vida de la familia y la sitúa en una posición económica difícil, al desaparecer la clave de los propios negocios. Y es entonces cuando Claudio Bravo, con sus retratos se constituye en el sostén de la familia: "Pero llegó un

momento en el que comprendí que en Chile no podría llegar a más de donde había llegado y decidí dar el salto a Europa. Me vine a Madrid en 1961 y los principios aquí fue la etapa más incierta de mi vida. Nadie me conocía, había buenísimos pintores en todas las tendencias, tenía una especie de temor, de timidez..."

Hasta que a Claudio Bravo se le ocurrió comenzar su serie de retratos de damas de la

alta sociedad que se pusieron de moda rápidamente: "Este trabajo me iba muy bien con mi vertiente de "play boy", tuve un éxito asombroso, subía y subía los precios en cada obra, me compré una casa en "Puerta de Hierro", que siempre estaba llena de damas elegantísimas, importantes, que esperaban ansiosas el turno de su retrato. Parecía que había llegado al máximo a que un artista puede llegar.

Después de más de diez años de estancia en Madrid, Claudio Bravo comprendió que había que abandonar el ambiente de la "high life" y un día se marcha buscando el extremo opuesto, el primitivo y apartado mundo de Marruecos: "Compré en Tánger una casa grandísima, del siglo XVIII, que había sido "andaluzada" por los anteriores propietarios españoles. Le quité todos los azulejos de Triana y la dejé blanca y vacía, sin muebles, y con sólo obras de arte moderno importante. Allí trabajo tranquilo, vivo aislado y sólo en relación con las personas que quiero, tengo tiempo sobrado para todos mis trabajos y puedo cumplir todos mis compromisos con las galerías de Nueva York, de Madrid, de Londres".

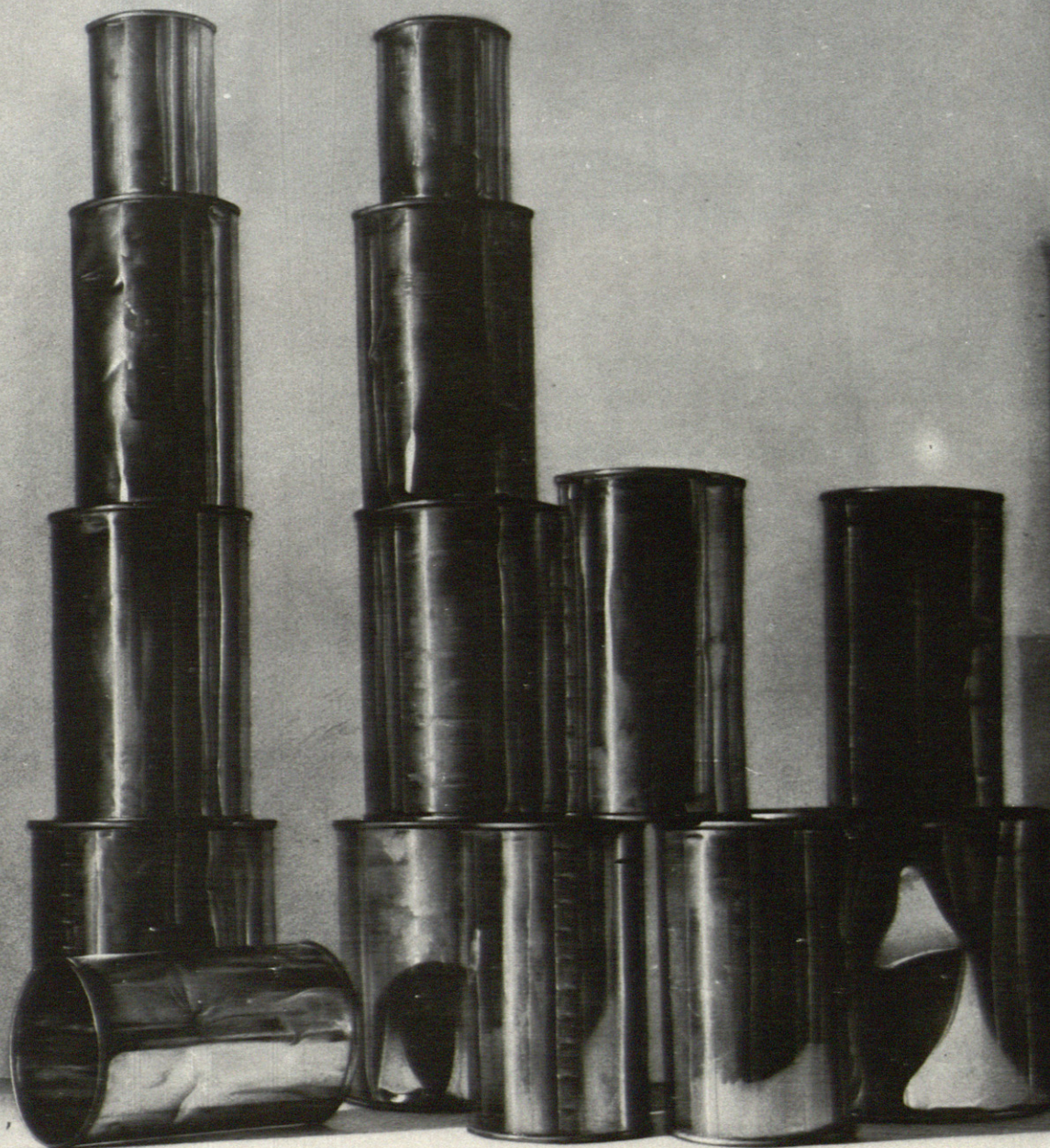
Pero no todo le fue fácil a Claudio Bravo en su nueva residencia marroquí, pues a consecuencia de que tenía instalado un

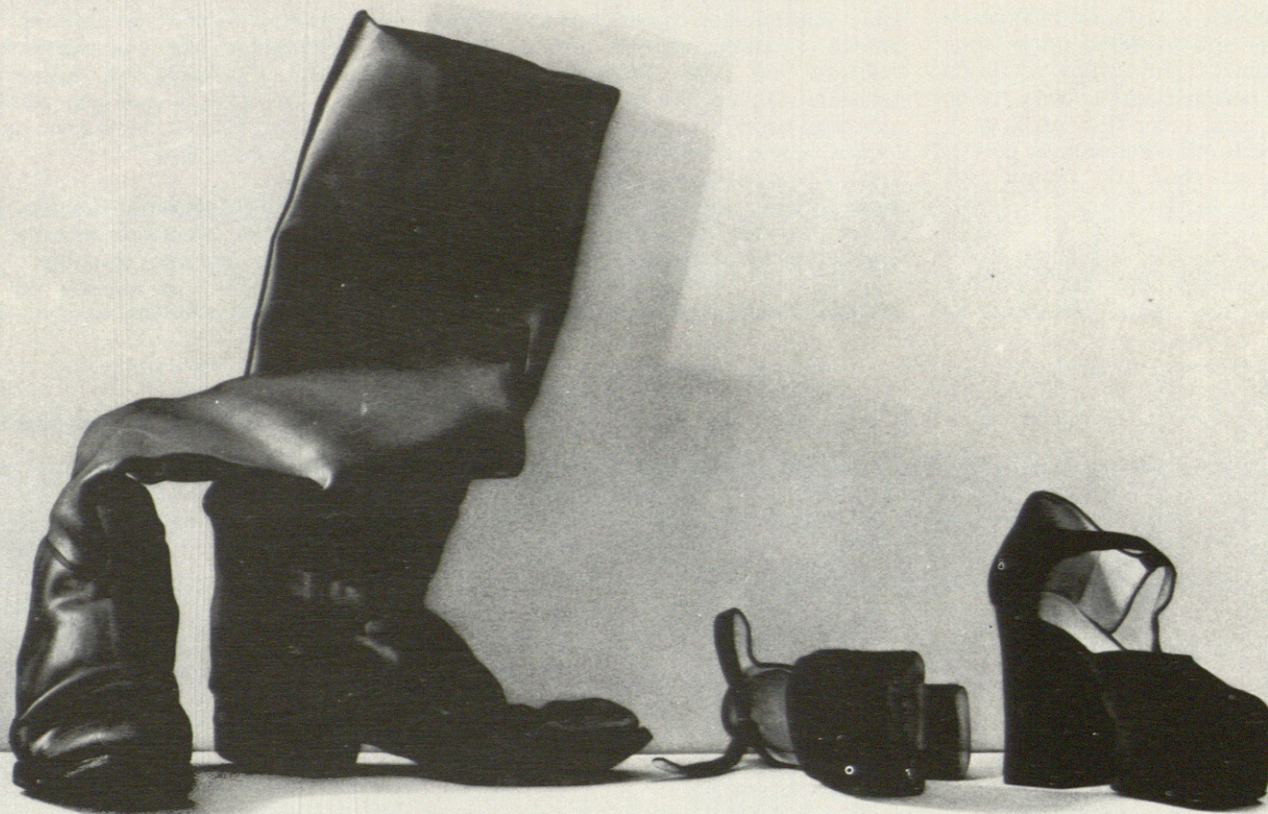
catalejo en la terraza fue denunciado como posible espía. Pasó tres días en la cárcel hasta que todo quedó aclarado: "Siempre he sido un mimado de la fortuna y son las contradicciones las que me han ayudado a madurar el espíritu. La soledad en que me ví en Tánger me "tocó" y me ha servido de mucho. Ahora no haría un retrato de "alta sociedad", por nada. Los Rockefeller del mundo se quedan muy sorprendidos cuando rechazo cheques en blanco a cambio de un retrato. No puedo hacerlos, no debo hacerlos, de ahora en adelante no haré más arte que aquel que crea que debo hacer. Y las experiencias nuevas que me atraen, como la escultura humana a tamaño natural, esculturas combinadas con pintura en una síntesis que no se ha realizado hasta ahora. Esta es mi última ilusión artística y siempre necesito ilusiones para estar en forma espiritual; lo mismo que hago una hora de gimnasia diaria para estar en forma física".

A lo largo de su andadura artística, Claudio Bravo ha pasado por diversas etapas, interesándose por el surrealismo, el cubismo, el arte no figurativo, que le sirvieron de peldaños para llegar a su personal manera actual: "En todo momento he tenido un sentido reverencial por la observación de la naturaleza, y no pretendo nada más que reflejar la naturaleza lo más fielmente que pueda. Después de tantos "ismos", el realismo tenía que volver, porque siempre ha estado en la entraña del arte. Hay ahora muy buenos pintores hiperrealistas, pero al que más admiro es a Antonio López García, admiración que comparto con Jesús de la Sota".

En Marruecos, Claudio Bravo ha encontrado la serenidad; lejos del bullicio agotador de las grandes ciudades: "Desde niño, mi aspiración más querida era llegar a ser un Leonardo. Miraba muchas veces su autorre-

"Latas", dibujo sobre papel (64 x 49 cms.) 1.971.





En este dibujo "Botas", sobre papel, Claudio Bravo penetra en el alma de las cosas, no se detiene en lo operante.

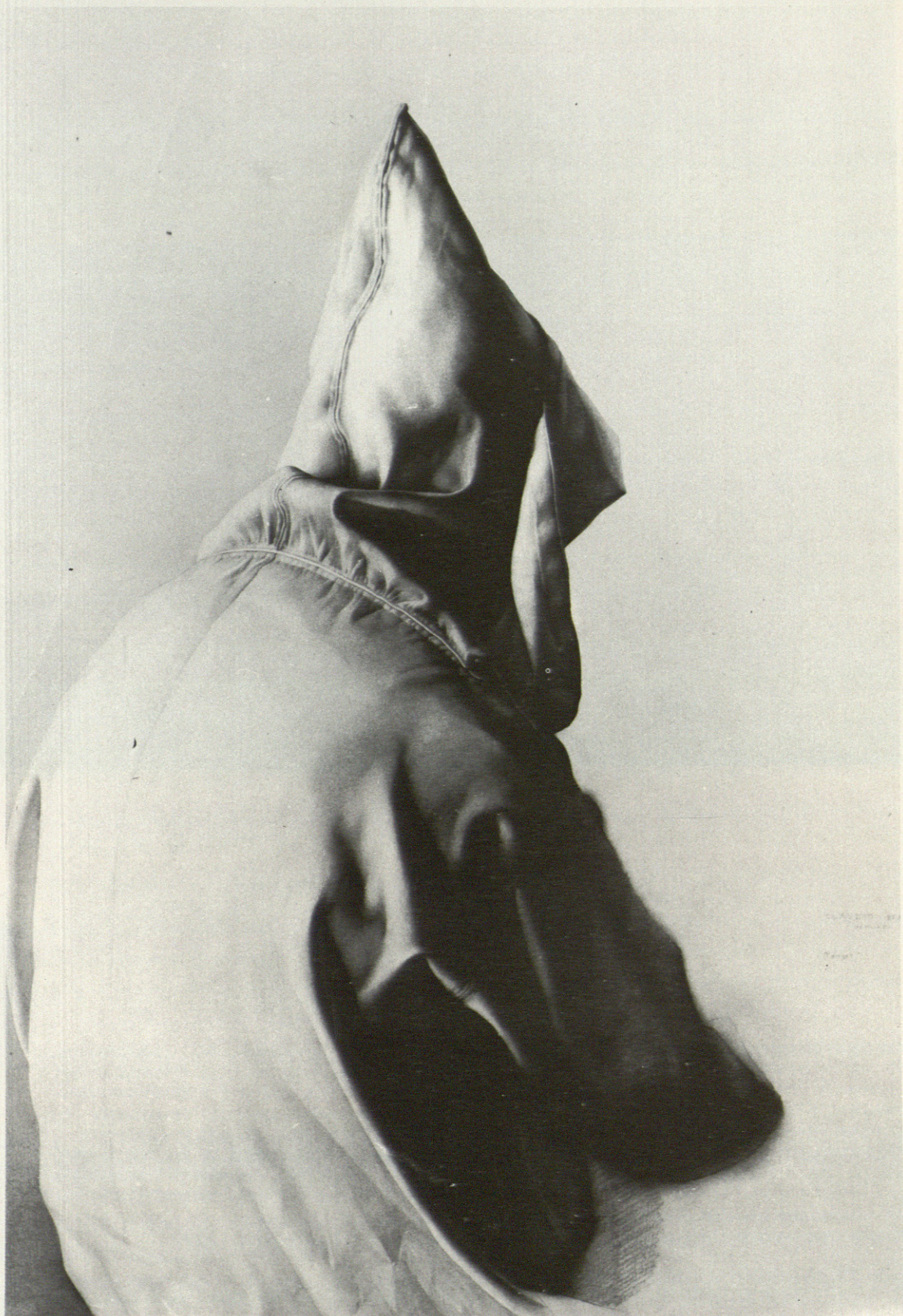
trato de anciano, con sus largas melenas, su barba blanquísima, sus ojos penetrantes, y pensaba que aquel era el modelo que me gustaría llegar a ser. Y sigo con la misma idea, un Leonardo con algo de Rabindranath Tagore, y ejercer una maestría a mi alrededor.

Pero no un maestro de pintura o de dibujo, sino maestro de vida. Un magisterio que ya he comenzado en Marruecos, con los vecinos de mi casa, gentes humildes que vienen a pedirme consejo, ayuda, para sus problemas inmediatos y vitales. Mi mayor satisfacción es poderles solucionar sus necesidades y entonces me siento feliz porque me solidarizo con todo lo que la vida tiene de preocupación angustiosa, de dolor muchas veces. Esta es mi madurez y me alegra haberla encontrado".

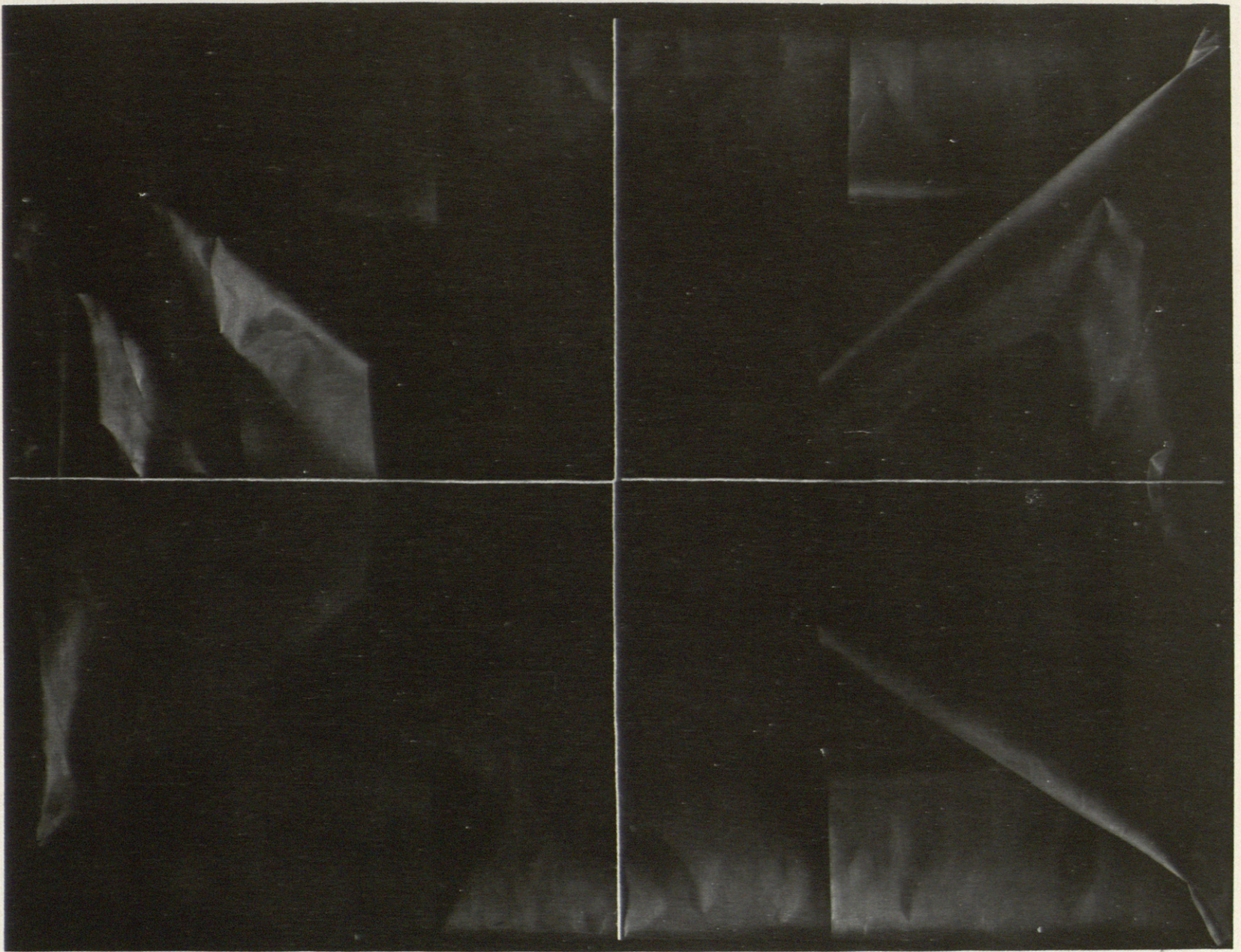
Y esta madurez es la que se percibe en la obra actual del pintor, lejos ya de las frivolidades de las damas de la alta sociedad. Claudio Bravo dice que ya no realiza retratos, pero ello es sólo una parte de la verdad, lo que pasa es que abandono sus modelos de aristócratas, banqueras y jovencitas en flor, para realizar los retratos de las formas humildes y desvalidas: de los botes de hojalata a los que todos dan puntapiés, los papeles arrugados y sucios, las prendas del vestir tiradas en cualquier parte, las piedras de los arroyos, todo lo que la vida no aprecia y margina. Claudio Bravo es un animista, en todo encuentra alma, "Objetos inanimados, ¿tenéis alma? ..." escribía el poeta Lamartine. Claudio Bravo no se lo pregunta, lo encuentra hasta en las cosas más pobres que fija con sus

pinceles, con sus lapiceros: "En esta amplia tierra nuestra —en medio de la vulgaridad inmensurable y de la escoria— encerrada y segura dentro de su fuego central se esconde la semilla de la perfección. —Todas las vidas participan más o menos— no hay nacimiento sin que ella nazca: oculta, o descubierta, espera la semilla". El poeta Walt Whitman, en su "Canto de lo universal" escribió esos versos que parece haber sido hechos para la obra pictórica de Claudio Bravo, pues él ha sabido encontrar "en medio de la vulgaridad y de la escoria" esa "semilla de la perfección" que encierran todos los seres, humanos o inanimados, todos los objetos, hasta los en apariencia más triviales.

Con sus pinturas, Claudio Bravo consigue



La referencia a Zurbarán es obligada ante este dibujo sobre papel titulado "Chilaba" del año 1972 (72 x 102 cms.)



Dos ejemplos del arte de Claudio Bravo. Arriba el óleo sobre tela "Paquete". Abajo la escultura de bronce dorado titulada "Pan" (1974).

radiografías exteriorizadas, como si penetran-
do como penetran los rayos X, la imagen
conseguida no fuese sólo lo interno, sino
también la envoltura, la piel de cada cosa.
Radiografía interna-externa. Claudio Bravo no
distorsiona, no "interpreta"; crea, recrea los
objetos, que siguen "siendo" allí. Es más que
una visión poética, es una revelación mística,
un extasis, que no sólo es contemplativo, que
induce a la acción. Deus es machina" decían
los latinos, "naturaleza es máquina", podría
decir Claudio Bravo. La naturaleza entendida
en su sentido más total, más panteísta, más
apolíneo. Claudio Bravo pinta la esencia del

conocimiento, la esencia del conocimiento
objetual. Y hay tanta perfección formal en sus
dibujos que a veces llegan a producir un cierto
sentimiento angustioso, un desasosiego, el
mismo que se produce cuando se contempla el
mar en determinados días, en los más serenos
y calmos. Inquietud y desasosiego que hace de
Claudio Bravo un verdadero artista, no sólo un
extraordinario cincelador de virtuosismos.
Claudio Bravo objetiviza todo lo que la
naturaleza tiene de ideal quintaesencia, esa es
su mayor aportación, a la que sirve con el
instrumento de sus increíbles facultades per-
sonales.

